

urbana, lo normal es quedar atrapado para siempre, enterrado en los cementerios que la rodean, sin que la salvación se vislumbre ni en sus suburbios ni más allá de sus confines.

"Sigue derecho, amigo./Donde terminan los semáforos/ encontrarás un campo/plagado de cadáveres./Y más allá, la muerte".

El "gran dinero" es el señor de la "gran ciudad". La concentración del capital es su última finalidad. Los Bancos son sus ciudades y los tecnócratas sus oficiales. Las empresas y fábricas son las trincheras donde la tropa se ve comida por los piojos. La ley es el salario.

"Vendremos a dormir/el cansancio implacable de nuestros cuerpos rotos/sobre los basureros./ Guardaremos monedas en las habitaciones/o iremos a los Bancos para esconder allí/lo poco que nos dan por todo lo que damos./ Seremos propietarios del humo y la ceniza,/los orgullosos amos de las lágrimas./señores del cansancio de nuestras almas tristes".

Los dueños de la ciudad han inventado dioses y ordenado sacerdotes, pero son difíciles de ver: "Puede ser que jamás,/ni un día de tu vida/tropezes con su sombra". Ellos manejan el ciclo reproductor del sistema. Su sentido de clase está fuera de duda, y aunque "... son pocos/y cada vez son menos,/se ayudan entre ellos/cuando alzamos un grito de hambre y de rebeldía".

En las fronteras de la metrópoli, refugio de perros vagabundos y cementerio de basuras, está el suburbio. La selva de chabolas cuya moral es sobrevivir, y donde la agresión y el asesinato germinan. La llanura desde donde la ciudad es una caja fuerte que hay que abrir. Reverte lo canta con estos versos:

"Los viejos dormitaban esparciendo los sueños/y los hombres dormían la fresca borrachera./ Las mujeres batían en baldes de agua sucia/la ropa desgastada./ Les colgaban los pechos/y el odio embellecía sus ojos oxidados".

Y entre el estiércol gris del suburbio brota, como un arbusto hollado, el amor urbano, aquel que se hace entre cascotes y latas de basura. Allí "encontramos los besos, los abrazos./Llenamos un condón y bebimos champaña./ Fornicamos sin pausa hasta el delirio./Y el amor, para siempre, habitó entre nosotros".

En "Metrópolis" aletea la venganza de los pobres, de los desahuciados, contra aquellos que hi-

cieron posible el hambre y la guerra, y que se ocultan "en la breve penumbra del último despacho".

"Y ese día, si llega,/tendremos que matar posiblemente./Aunque el asesinato / mancille nuestro sueño de libertad y vida".

Al final, Martínez Reverte enseña el hilo conductor de su libro: la libertad capaz de vencer a la muerte, que traerá los veranos y ventanas abiertas a la Naturaleza. Con esta visión, el poeta deja caer sus últimos versos, empapados de esperanza:

"Hoy ha muerto el dolor,/los dioses se han marchado./Y ahora para siempre,/tú y yo seremos libres". ■ FERNANDO MARTÍNEZ LAINEZ.

Una nueva concepción del manual

EXISTEN dentro de la crítica literaria, tres tradiciones: la universitaria o académica, la ensayística y la militante o combativa... La primera, contra lo que se cree, es la más abierta y creativa". El autor de esta frase, Francisco Rico, es, además, el responsable de la más importante obra nacida, durante las últimas décadas, en el seno de la crítica universitaria: *Historia y Crítica de la Literatura Española (HCLE)* (1).

Un mes escaso llevan los dos primeros tomos en la calle y ya han alcanzado un considerable éxito de ventas. Esto indica que la HCLE, además de ser una obra importante, es una obra útil, que inmediatamente ha atraído la atención de los especialistas y estudiantes de Literatura.

No es para menos. La HCLE es una obra ambiciosa, que se diferencia radicalmente, en su estructura, intención y contenidos, de los manuales conocidos. No es un manual ni es tampoco una antología de la

(1) Tomos I y VI. Ed. Crítica. Barcelona, 1980.

ADIÓS A LAS LETRAS

El miedo del portero ante el penalty

LOS que la semana pasada veían deambular a Vicente Verdú entre las páginas resurrectas de *Revista de Occidente*, presentada en Madrid cuando ya Jorge Luis Borges y Gerardo Diego habían recibido sus premios Cervantes, desconocían que el mismo muchacho ya tallado, periodista mediterráneo y experto, con cierta cara de ángel bendecido alguna vez por Ruiz-Giménez y prologado en otra ocasión por Vázquez Montalbán, es el afortunado escritor del mejor ensayo que sobre la antropología del fútbol se haya hecho en este país.

Es Vicente Verdú autor de esta frase antológica, que no sólo define la actitud del portero ante el gol, sino que reproduce la sensación de inutilidad eufórica que domina al español sentado. Dice Vicente Verdú del portero: "El destino del portero es cohabitar con la calamidad del gol, pero sin tener, salvo extrañas excepciones, el gozo de ser él quien lo marque".

El libro es un modelo de sentido del humor, y no sólo por eso lo recomiendo desde aquí. Lo recomiendo también porque es el primer libro con fotografías que ni ha editado Planeta ni es de *Memorias*.

El volumen, en fin, se titula *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y ha sido publicado por *Allianza Editorial*. Vicente Verdú ha parido esta vez por partida doble, porque al mismo tiempo que ha ofrecido ese libro a la consideración de la afición que le anima, presentó el pasado jueves la nueva *Revista de Occidente*, en cuyas tareas de redacción él tiene una grave responsabilidad. Como siempre que en este país alguien resucita, son los Bancos los que le dan la mano, y en este caso la publicación que fundara Ortega y Gasset viene de la mano del Banco Urquijo y de Soledad, la hija del filósofo, que preside la *Fundación Ortega y Gasset*, editora de la revista.

Fue una semana de revivals. Siempre pasa en tiempos de crisis. Vicente Verdú recuerda sus viejas eficiencias futbolísticas, Soledad Ortega vuelve a la luz la



Vicente Verdú.

Revista de Occidente, los banqueros se siguen haciendo mecenas y Jorge Luis Borges y Gerardo Diego regeneran una vieja amistad, salvajemente golpeada a veces —no por ellos— por anécdotas que si algo demostraban era que ni uno ni otro podían ignorarse. Son tiempos oyendo pasar el Duero.

Hubo más revivals. Por lo menos yo asistí a uno de ellos: el de Kissinger, que vino a España, donde solía, a decirnos cómo tenemos que hacer para escribir *Memorias* de más de mil páginas sobre tres años de trabajo. Si Kissinger estuviera cien años en el poder —Reagan, si vence a Carter, podría hacer el milagro—, inundaría de la letra impresa de sus recuerdos las bibliotecas del mundo. Vino como una exhalación. Es el Fraga de la vida americana, con la ventaja de que Fraga no lleva tantos guardaespaldas ni cobra tanto cada vez que abre la boca: un millón de pesetas cobra Kissinger por cada conferencia. A mí no me cobró nada, a pesar de que me dijo algunas cosas. Claro que yo no le permito, ni a él ni a nadie, que me dé una conferencia. Fue un sabio consejo de Eugenio D'Ors.

Tuve un detalle con Kissinger: le regalé, dedicado, el libro de Verdú. Kissinger es un gran aficionado al fútbol. No entenderá nada, sin embargo, de lo que he escrito V. V., porque K., me olvidaba— sólo sabe del fútbol que se juega en los márgenes del campo y no tiene ni idea del miedo que se siente ante el penalty. ■ SILVESTRE CODAC